

en su elemento, desde la entraña en que nace el canto y la tristeza.

A veces, entre los mástiles de estos versos nos parece vislumbrar la sombra sublime de Charles Baudelaire, aunque no hallemos en las imágenes de Reyes influencias del lacerado autor de «Las Flores del Mal».

En «Rutas» desfilan puertos del Pacífico con su colorido especial y ese murmullo que se interna en el pecho del viajero que coge en su espíritu cielos, panoramas, sonrisas de mujeres, lamentos de la tierra herida al andar.

En «Elegías» se evocan figuras de Juan Egaña y Aliro Oyarzún, y el recuerdo alumbra con ese tenue resplandor con que asistimos a las exequias de aquellos que han desaparecido en mitad de la esperanza, sin que su labor artística hallara el molde definitivo.

Alejandro Reyes entrega en su obra un jirón de su pasado armonioso y lo hace con la serenidad de aquel que avanza en la tierra al compás de sus sentimientos, sin premura ni cansancio y da a la vida su voz en la que ha dejado el mar cristales y espumas.

Los poemas de Reyes responden a una sed de belleza, mantenida desde sus horas de adolescente, cuando en el rostro de todas las cosas presentía el poeta la solemne cadencia del océano.

Veamos en sus cantos a un caracol de nuestras playas y llevémoslo al oído para escuchar su rumor perseverante y de este modo la luz del poeta será nuestra.—ANGEL CRUCHAGA S. M.



<https://doi.org/10.29393/At204-18CELD10018>

LA CIUDAD ENCANTADA.—Cuentos de *Januario Espinosa*. Santiago, 1942

Mucho tiempo había permanecido en silencio, el autor de «Pillan», esa hermosa novela de la aldea chilena, que seguramente seguirá siendo el más feliz de los aciertos de Januario

Espinosa. En ese libro de este autor, encontramos resumidas muchas de sus cualidades de hombre y de artista. Puede nadie que haya leído «Pillan», podrá seguramente olvidar la figura de Juana, la bella y noble heroína de ese relato que tiene sabor y fragancia de esos campos de Linares, donde han transcurrido los más bellos años de la vida de este escritor, y donde seguramente se inspiró para crear a esos curiosos seres que hacen sufrir, con el drama de sus vidas.

Ahora, se nos presenta con un libro de cuentos, cuyo título «La ciudad encantada», nos desilusiona un poco, al principio, pero que luego encontramos plenamente justificado, por el argumento y por el carácter misterioso del tema primero de los cuentos reunidos en este volumen.

Januario Espinosa, es un narrador ameno y sabroso. No le interesa complicar sus cuentos, con largas y fatigosas disquisiciones. Por el contrario, narra directamente, sin más demora que la que el artista necesita para ubicar a sus personajes, y darle al escenario todo lo que hace falta para realzarlos. El relato fluye entonces como una fácil corriente que comunica su simpatía y su interés al lector, que lee con placer estas páginas en que siempre hay algo de encantadora simplicidad, de noble llaneza.

Miguel Rojas,—hay muchos chilenos que tienen ese nombre, pero pocos a quienes les haya ocurrido la extraordinaria aventura de encontrarse con la ciudad encantada—sale un día en dirección a Chuquicamata. Antes de partir, pasa a despedirse de unos amigos, que le hacen bromas sobre los maravillosos sucesos que le pueden ocurrir en la mitad del camino, especialmente en el lugar de Tolopampa. Una mujer vivaracha se lo dice con cierta malicia y picardía, aunque por ello se enoje su marido, molesto por aquella inoportuna conversación. Pero Miguel Rojas es hombre impresionable. Sabe que todos los cami-

nos del desierto están llenos de leyendas extraordinarias. También sabe que la imaginación de los hombres del norte es viva e inclinada a creer lo sobrenatural, aunque jamás se encuentren testimonios de lo que aseveran esos hombres que viven alucinados, soñando en maravillosos derroteros y vetas de fabuloso alcance. Pero el camino largo, fatigoso, y la soledad, son malos compañeros en tales circunstancias. Miguel Roja no sabe cómo llega la noche en medio del desierto y cómo de pronto, divisa las luces del pueblo, en cuya demanda camina, mucho antes de la hora calculada.

Y entonces el viajero entra en lo maravilloso. Como Aladino en su jardín, pasea tranquilamente por esas calles que no le llaman la atención. Pasan por ellas, traseúntes apresurados, que son como sombras que dejan una incitación al misterio en la obscuridad que apenas aclaran las débiles luces del pueblo. Entra en un almacén a comprar cigarrillos, pero no le quieren cobrar. Pide alojamiento y entonces un hombre de ojos extraños le dice que allí nadie puede dormir, que es preciso seguir hasta un árbol bajo el cual alojan todos los caminantes a quienes se les hace de noche en aquel poblado.

Pero Rojas no tiene temor, mientras habla y ve pasar ante él, las imágenes de todos los hombres que un día fueron seres vivos, en una de esas ciudades que se tragó el desierto. Sólo cuando pasa la noche y llega el nuevo día, siente el terror que lo invade entonces como si de atrás lo persiguieran todos los fantasmas habitantes de aquella misteriosa ciudad.

Es un bello relato plenamente logrado. La mezcla de lo real con lo fantástico está muy bien tramada. Y el lector siente la emoción honda de aquellos relatos con que los viejos autores europeos, sabían llevar a sus lectores por esa extraña región de lo extraterrenal, que aunque el hombre desdeña cuando está tranquilo y confiado, tiene en circunstancias especiales, un increíble influjo en la existencia humana.

En todos los cuentos de este libro, Januario Espinosa muestra sus excelentes condiciones de narrador y de artista de buena cepa. «El barretero fantasma», «Sobre el puente del diablo» y «La mariposa blanca», son de los mejores cuentos de este libro que se lee con agrado y con emoción.—LUIS DURAND.